**21º domingo ordinario - B -** **Jn 6,61-70 25 de agosto 2024**

Monseñor. Romero llama a este sermón “El Divino Salvador, tiene palabras de vida eterna”. Partimos de una cita de esta homilía*[[1]](#footnote-1)*.

*“Hoy el Evangelio es triste. Después de las hermosas revelaciones de Cristo, él podía esperar que lo aclamara todo el pueblo que lo andaba siguiendo. Y sin embargo, Cristo está corriendo ahora el riesgo de quedarse solo. Cuando se predica la verdad, se corre el riesgo de estar solo. “Comenzaron a irse”, dice el Evangelio de hoy, Sus discípulos se iban. Y cuando quedaron solos los doce, también les pregunta Cristo: “Y ustedes, ¿también se quieren ir?” Es la crisis. En esta hora de crisis aparece, precisamente, porque se apartan los hombres de Cristo. Porque Cristo no predica conforme a sus caprichos. “Ah – decían -, nosotros esperábamos un mesías político! ¡Ah, nosotros queríamos un mesías que nos diera siempre pan del que alimenta el estómago!” Nosotros lo seguíamos por cosas físicas, materiales, pero todo esto se ha derrumbado”. “Dura es esta palabra – dice el Evangelio de hoy-, ¿Quién la puede aceptar”. Murmuraban, criticaban. Siempre la crítica es el pan de la predicación del verdadero evangelio y Cristo no se desdice ante aquel rechazo, ante aquella duda que se pone en él, ante la misma traición de Judas. Cristo está resuelto a quedarse solo. No solo. Solo con el Padre, que es lo principal. Solo con Dios. Esto es lo único que vale. Y desde Dios, predicar la verdad; el que la quiera seguir estará no con el que la predica, sino con Dios. Y por eso Cristo pregunta: ¿Ustedes se quieren ir? Y la respuesta de Pedro nos orienta; “¿A quién iremos, Señor? ¡Si solo tú nos dices palabras de vida eterna!”*

Aunque el Concilio Vaticano II había dado un aire nuevo (Espíritu) a la Iglesia Católica Romana, en la misma segunda mitad del siglo pasado comenzó todo un movimiento de personas que ya no se sentía unidas a la Iglesia. Siempre hubo menos celebraciones litúrgicas, más iglesias y conventos recibieron otros destinos, menos sacerdotes y religiosos, menos bautismos, primeras comuniones y confirmaciones, menos bodas y funerales en la iglesia. En este siglo, muchos abusos (de poder y sexuales) salieron a la luz en la Iglesia. Aunque el Espíritu vuelve a soplar en lo más alto de la Iglesia, el mensaje y las opciones evangélicas del Papa Francisco no llegan tan fácilmente a las bases de la Iglesia. También hay vientos en contra, también contra una Iglesia sinodal. Otros ya no se reconocen en el sentido (significado) de la Iglesia y miran a otros rumbos o se quedan solos con los grandes interrogantes de la vida. Mientras escribimos esto vemos cómo esos procesos aún continúan. *“Comenzaron a salir, a apartarse”, dice el Evangelio de hoy. Sus discípulos se fueron”.* Eran todas personas que en algún momento habían visto algo en Jesús, que se sintieron atraídas por Él, pero que sin embargo se alejaron al ver las exigencias del “Camino” que Él vivía. Podemos preguntarnos si se trata de una noticia triste como Mons. Romero comienza este párrafo?

En muchas parroquias quedan grupos activos que dan testimonio de una iglesia donde es bueno estar, donde el Evangelio es alimento, donde se elige el camino de Jesús. En algunas festividades importantes de la iglesia (especialmente en las ciudades) hay algunas iglesias llenas. Surgieron nuevos modelos y caminos de comunidades cristianas que, sin embargo, no son bien vistos por las autoridades eclesiásticas. Desde (las márgenes de) la iglesia hay fuertes testimonios evangélicos en toda la dimensión asistencial (el cuido) de nuestra sociedad: con las personas detenidas, en los centros de atención residencial, con los inmigrantes, con las personas en soledad y enfermedad, con los moribundos, con las personas de luto. ,... No debemos olvidar a los cristianos que hoy son perseguidos por su fe, por su práctica evangélica, por su práctica profética y por su diaconía en el camino de Jesús, los que están exiliados, permanentemente amenazados o silenciados (Ver Nicaragua hoy).

Pero lo más llamativo del texto del relato de Juan, citado por Mons. Romero, es esa pregunta de Jesús a los doce. Eran los discípulos más cercanos, sus apóstoles, sus colaboradores cercanos. A ellos les había contado aún más acerca de las parábolas. Habían visto tan de cerca las “señales” en la curación, en las comidas, en el perdón... En nuestra iglesia hoy, cada uno de nosotros debe responder a esta pregunta de Jesús: "¿Tú también quieres irte?" - escucharla con claridad y tomarla en serio.

Sí, nosotros que llevamos tanto tiempo participando activamente en la Iglesia, ¿de dónde viene esa pregunta? ¿No somos quizás buenos cristianos, religiosas o sacerdotes? Tanto (o quizás ante todo) el clero como cada creyente (especialmente aquellos que comparten la responsabilidad pastoral) necesitamos escuchar esa pregunta. El Evangelio de Juan nos presenta esa pregunta muy claramente. Y entonces no se trata de una pregunta teórica a la que responderíamos definitivamente positivamente, como Pedro. Se trata de nuestra praxis religiosa, nuestra vida como cristianos, nuestro trabajo pastoral, nuestros compromisos y nuestras opciones fundamentales. ¿Somos realmente fieles a Jesús y a Su camino, o hemos tomado decisiones diferentes en la práctica de nuestras vidas? Sí, ¿a quién acudiríamos? ¿Es nuestra vida realmente ese partir y compartir de Jesús, su prioridad para que otros (“los pobres”) tengan vida en abundancia? ¿Son nuestras acciones, nuestro discurso y nuestro silencio, en realidad, el lenguaje, la historia y las acciones de Jesús?

Sí, cuando escuchamos esa pregunta sentimos lo que dijeron muchos de los discípulos de Jesús (Juan 6:60): “Palabras duras son estas, ¿quién podrá escucharlas?” No es posible que el mismo Jesús que nos llamó, ahora, después de todos estos años de trabajar en muchas tareas en la iglesia, haga esa pregunta: ¿Tú también quieres irte? O: ¿Estás realmente dispuesto a seguir Mi camino? Echemos un vistazo a qué y cómo estamos haciendo en la iglesia: ¿son esas mis opciones fundamentales? ¿Son las opciones de Jesús?

Feliz aquel que toma en serio esta cuestión y se deja interrogar por Jesús. Feliz aquel que es suficientemente humilde como para volver sobre los pasos anteriores y dar nuevos pasos (más fieles al Evangelio) cuando sea necesario. Entonces, pero sólo entonces, podremos confesar con Pedro (quien habló en nombre de los doce): “Tú hablas palabras que dan vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.

**Preguntas para la reflexión y la acción personal y comunitaria.**

1. ¿Qué significa para nosotros, para nuestra fe y nuestra participación (activa) en la Iglesia, ver y sentir que durante muchas décadas tantas personas han abandonado y “muchos discípulos se retiraron y no continuaron con Él” (Juan 6,66)?

2. ¿De dónde obtenemos la fortaleza, el Espíritu, la Energía, la Fe para dar un verdadero testimonio evangélico como núcleo de la iglesia en medio de este mundo?

3. ¿Cómo me llega a mí, a nosotros, esa pregunta inesperada y apremiante de Jesús (¿tú también quieres irte?). ¿Podemos tomarnos el tiempo para responder honestamente en nuestra conciencia? ¿Qué significa?

Luis Van de Velde

1. Homilía en la liturgia del 21 domingo ordinario – B, 26 de agosto 1979. Homilías. Monseñor Oscar Romero, Tomo V, Ciclo B, UCA Editores, San Salvador, 2008, p. 247 – 248. [↑](#footnote-ref-1)